



Carta de amor a un faraón

Por Daína Chaviano

Publicado en El Nuevo Herald. Dic. 8, 1992

Creo que nunca descifraré el enigma.

Aún recuerdo el secreto que corrió de boca en boca cuando yo tenía 15 años y estudiaba en una secundaria de La Habana. No sé de dónde procedía aquella receta que, como otros tantos rumores misteriosos, se difundían de vez en cuando por la escuela.

Era un embrujo, un acto de magia –no sé si negra o blanca– que cualquiera podía efectuar en la intimidad de una habitación.

La persona debía quedarse sola, con todas las luces apagadas. A las 12 de la noche, era necesario encender una vela frente a un espejo y mirarse fijamente en él.

Algunos estudiantes aseguraban haber visto el rostro de una persona desconocida, a quien suponían su futuro cónyuge. Otros contaban que se habían visto a sí mismos, solo que 50 años más viejos. Y un tercer grupo interrumpió el experimento cuando la imagen comenzó a transformarse en algo que prefirieron no conocer.

Yo formaba parte de ese grupo. No volví a ser testigo de una mutación semejante hasta que no pasaron muchos años. Y cuando la presencié, fue a plena luz y rodeada de personas.

La poeta y el faraón.

Ella estaba sentada bajo una luz intensa y cuando comenzó a leer aquel poema, dedicado a un joven muerto 3.000 años atrás, algo mágico comenzó a suceder: la anciana comenzó a transformarse. Poco a poco sus rasgos parecieron fundirse como una visión.



Dulce María Loynaz leía en público uno de sus más bellos poemas: Carta de amor a Tutankamen.

Había sido escrito cuando era aún una adolescente, a raíz de un viaje que su familia –de cepa acaudalada y culta– hiciera a Egipto con el único fin de ver la recién descubierta tumba.

La imagen de aquella adolescente cubana ante el féretro del rey egipcio, arrobada hasta el punto de escribirle un poema de amor casi erótico, siempre me ha parecido una de las estampas más surrealistas y encantadoras de la literatura hispanoamericana. Y es también la prueba de que la literatura no es, ni por asomo, esa materia que se imparte en las escuelas

La literatura es un universo de pasiones secretas que las academias y los gobiernos prefieren ignorar, porque está compuesto por criaturas que desafían los convencionalismos y las normas de conducta “normales”.

Sin embargo, de estas experiencias ocultas –y a veces esotéricas– se nutre la civilización... y nosotros mismos como seres humanos.

Es una lástima que esas mismas academias y gobiernos priven a toda una generación de sus libaciones más sagradas.

Yo, que toda mi vida había sido una apasionada lectora, jamás había tenido acceso a la obra de esta poeta cubana, que hace poco recibió el Premio Cervantes, el mayor galardón literario de la lengua española.

Jamás estudié su obra en los cursos de literatura que tomé en la secundaria, el preuniversitario y la universidad. Tampoco encontré sus libros a la venta.

Fue mientras preparaba una antología poética, a mediados de los años 80, cuando alguien me remitió a los poemas de la Loynaz.

En la Biblioteca Nacional fui leyendo los viejos tomos. Estaban tan polvorientos que cada vez que cerraba uno tenía que ir a lavarme las manos (con agua sola, porque no había jabón).

Pero en medio de aquella triste miseria, tuve el raro gusto de saborear una de las obras más diáfanas de la literatura cubana.

No era que la poesía de Dulce María Loynaz hubiera sido expresamente prohibida (en Cuba no hay nada que esté expresamente prohibido: es la mejor manera que ha encontrado el gobierno para que no lo acusen de inquisidor), pero no se estudiaba en las escuelas, sus libros no se editaban y nadie la incluía en las antologías.

Tal vez siguiendo el reclamo del subconsciente general, una editorial decidió publicar –después de muchos años– una selección de sus poemas.



Fue entonces cuando, en medio de un homenaje que organizaron los escritores, escuché aquel poema con carga milenaria y fui testigo de una metamorfosis sorprendente bajo el influjo de ese hechizo llamado poesía.

No sé bien qué ocurrió aquella noche. Había luces por doquier, decenas de personas y ningún espejo. Pero allí presencié el milagro de una adolescente enamorada que surgía bajo la piel de una anciana.

Era un embrujo, un acto de magia... no sé si negra o blanca.

Creo que nunca descifraré el enigma.

© 2013 Daína Chaviano. Todos los derechos reservados.
Prohibida la reproducción por medios mecánicos,
fotográficos, o digitales, incluyendo Internet,
sin el permiso escrito de la autora,
excepto para trabajos académicos, ensayos y tesis universitarias.
Para mostrar el contenido total del artículo en el resto de los casos,
se permite hacer un enlace directo a este PDF.

